

6 La transición de la obra del Espíritu

Para ganar la perspectiva escritural de la forma de operar del Espíritu Santo tenemos que analizar las referencias bíblicas una por una y captar lo que el autor quería decir en aquel entonces. Lo que veremos será una transición de la economía del Antiguo Testamento hacia la del Nuevo Testamento, la cual es relatada por los Evangelios y el libro de los Hechos.

Para empezar, tenemos que darnos cuenta que no había mucha revelación en el Antiguo Testamento con respecto al Espíritu Santo, especialmente como Alguien distinto a Jehová. La gran revelación del Nuevo Testamento es la abundancia de referencias con relación al Espíritu como una Persona distinta, pero unida a la plenitud de Dios. Toda esta nueva revelación fue introducida gradualmente, comenzando en los Evangelios y progresando hasta las Epístolas donde está claramente explicada. Por esto, es imprescindible ver la totalidad de la revelación del Espíritu en el Nuevo Testamento y no formar conclusiones prematuras hasta que se lo ve en el cumplimiento de su transición completa.

La Transición del Antiguo al Nuevo Testamento

La primera sugerencia de una transición hacia una nueva relación fue introducida por Jesús cuando dijo en Juan 14:17, “El Espíritu de verdad . . . le conocéis, porque mora *con* vosotros y estará *en* vosotros”. Sabemos dos cosas por este versículo: (1) Ellos NO tenían el Espíritu morando EN ellos en aquel entonces; (2) Había una transición anticipada hacia una nueva relación con el Espíritu, en la cual El iba a morar EN los discípulos. Cristo les dio esta revelación en la última noche de Su vida, antes de Su crucifixión, para prepararlos para el gran cambio que ocurriría, el cual haría diferente para siempre la relación del discípulo con el Espíritu Santo.

Al considerar la evidencia, parece que hubo cinco pasos o nuevas revelaciones en la transición del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento.

(1) En el A.T., el Espíritu venía sobre quien El quería

Las referencias al Espíritu en el Antiguo Testamento casi siempre están relacionadas con gente especial como jueces, administradores civiles, artistas y profetas. Algunos eran espirituales y otros no. Algunos eran judíos y otros no. Parece que la presencia o capacitación del Espíritu no tenía relación con la condición espiritual del individuo, sino con el propósito que Dios tenía para tal persona en Su plan.

Algunos tenían capacidad para recibir y proclamar la Palabra de Dios, otros recibían sabiduría para dirigir la nación de Israel; unos tenían el poder para hacer milagros de vez en cuando, algunos recibían la capacidad para construir el Templo en una forma hermosísima; pero todos recibían estas capacidades por el Espíritu, cuando El venía SOBRE ellos.

Todos éstos tenían algo que ver con la dirección y protección de Israel. Ahora bien, se puede discutir, debido al silencio de las Escrituras (porque el texto del Antiguo Testamento no se pronuncia en uno u otro sentido), si todos los creyentes tenían o no el

Espíritu como lo tenemos hoy en día; sin embargo, a los únicos a quienes el A.T. se refiere como poseedores del Espíritu son los hombres y mujeres pertenecientes a estos grupos especiales.

Después de Josué y hasta David hubo pocos hombres piadosos, pero el Espíritu vino sobre ellos de todos modos, utilizándoles en una forma poderosa para guiar a la nación de Israel. Luego Dios levantó a los profetas para llamar a la nación al arrepentimiento.

(2) El anuncio de Juan el Bautista de que vendría Uno que bautizaría con el Espíritu

Parece que nadie entendió lo que Juan el Bautista quiso decir, pues no hay evidencia alguna de preguntas, ni siquiera de curiosidad con respecto a tal bautismo. Juan anunció que el bautismo del Espíritu iba a comenzar, pero la falta de interés en el tema sugiere que nadie entendió de qué estaba hablando. De todos modos, la nueva revelación marcó una línea clara entre la relación anterior y lo que iba a seguir después de Cristo.

(3) La enseñanza de Jesús en relación a que se podía recibir el Espíritu pidiéndolo al Padre

En Lucas 11:13, Jesús les dio un ejemplo en el que el Padre estaba dispuesto a dar el Espíritu a quienes se Lo pidieran. Es evidente en los Evangelios que no había mucho interés en el Espíritu Santo, ni siquiera se sabía de lo que se estaba hablando. Años después, cuando unos discípulos de Juan fueron enfrentados con el evangelio, ellos declararon su ignorancia en cuanto al Espíritu diciendo, “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo”. Tal ignorancia pudo haber sido típica de los santos del Antiguo Testamento en el comienzo del Nuevo Testamento.

Tal vez los discípulos que sabían de la promesa de Juan el Bautista, no la aprovecharon porque había tantos nuevos conceptos y promesas nuevas que no entendieron su significado, ni su importancia.

Del texto en Lucas 11, sabemos que el Espíritu iba a ser un regalo, no algo ganado ni merecido. Tal como los padres quieren dar regalos a sus niños, así el Padre deseaba dar el Espíritu a quienes se lo pidieran. La comparación entre los padres terrenales y el Padre celestial no es algo paralelo, porque el Padre celestial está mucho más deseoso de dar dones, especialmente el Espíritu, a quienes los quieran.

Otro concepto introducido aquí, es la posibilidad de que la promesa del Espíritu hubiera sido para cualquiera y no solamente para los líderes o gente especial, sino accesible para todos los creyentes. Sin embargo, en este paso de la transición de la operación del Espíritu, estuvo limitada a quienes Lo pedían.

(4) Cristo sopló sobre los discípulos para que recibiesen el Espíritu

En los Evangelios hubo una experiencia más, que marcó una transición o diferencia en el trato con el Espíritu Santo. En Juan 20:22, después de la resurrección, Jesús se presentó en medio de los discípulos que se hallaban reunidos aquel domingo; y luego de saludarles, darles evidencias visibles de que El mismo era pero ya resucitado y luego de comisionarlos como Sus enviados especiales, “sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”. Este paso, como el anterior, nunca fue el intento de establecer algo permanente, sino marcar una transición hacia la venida permanente del Espíritu Santo.

Algunos han sugerido que esto fue necesario porque ninguno había pedido el Espíritu al Padre (Lc. 11:13). Aparentemente, en ese momento ellos no tenían el Espíritu sobre sus vidas como lo iban a necesitar, pues Jesús aún no había ascendido al Padre, pero les iba a dejar dentro de no muchos días. El les había prometido que no los dejaría “huérfanos,” es decir, sin Su presencia a través del Espíritu (Jn. 14:18), pues pasarían siete o diez días después de Su ascensión hasta que viniera el Consolador a morar en todos los creyentes. Así que, Jesús sopló a Sus discípulos para que tuvieran el Espíritu en todo Su poder sobre sus vidas mientras esperaban el cumplimiento de la promesa.

(5) El Consolador vino para morar en los creyentes permanentemente, sin necesidad de pedirlo

El último paso fue dado como una promesa en los Evangelios, pero no fue realizado hasta el día de Pentecostés, aproximadamente en el año 30 D.C. En Juan 14:16-17, Jesús dijo, “Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad. . .”. Les dijo esencialmente, “Ya no es necesario que Uds. oren por el Espíritu”; ahora, *El* iba a asegurar que ellos y nosotros, recibiéramos el Espíritu por medio de Su propia oración.

Luego, en Juan 16:7, nos dio una indicación más clara en cuanto al **tiempo** del cumplimiento de Su promesa: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”. Jesús tenía que estar ausente para poder enviar al Espíritu. Si es así, entonces, los discípulos en el camino a Emaús no recibieron el Espíritu en este sentido, sino que el Espíritu vino *sobre* ellos hasta el día de Pentecostés, cuando entró *en* ellos. Jesús estaba prometiendo una nueva relación con el Espíritu que comenzó en el día de Pentecostés, 30 D.C. Antes de aquella fecha nadie tuvo esta clase de relación con el Espíritu.

Pentecostés y las Cinco Obras del Espíritu

Los textos nos indican que el día de Pentecostés fue muy significativo en cuanto al Espíritu Santo. Lo que hizo exactamente en aquel día no fue revelado en el momento, sino que algunos años después, por medio del apóstol Pablo, Jesús nos dio a entender lo que aquel día significó. El día de Pentecostés marcó el último paso en la transición del Antiguo Testamento hacia el Nuevo Testamento.

Cristo había ascendido unos siete días antes y cincuenta días habían transcurrido desde la Pascua hasta Pentecostés. Si Cristo estuvo en la tumba tres días y luego caminó con los discípulos otros 40 (Hch 1:3), entonces queda en el calendario judaico una semana hasta la siguiente fiesta de Pentecostés. Los 120 discípulos esperaron en Jerusalén por la promesa del “Consolador”. Ellos debían estar en Jerusalén para la fiesta de todos modos, además del mandamiento de Hechos 1:4 en cuanto a que aguardasen la promesa ahí, pero no sabían cuánto tiempo tendrían que esperar.

Cuando el día llegó, algo sucedió que cambió para siempre la naturaleza de los creyentes, e inició la formación de una relación corporal entre Cristo y todos ellos por medio del Espíritu. Por lo menos **cinco cambios** mayores ocurrieron en aquel Pentecostés, que continúan hasta el día de hoy.

Si los cambios que comenzaron en aquel día continúan hasta hoy, no existe razón para esperar ahora la llegada del Espíritu. Los únicos que tuvieron que esperar fueron los

120 discípulos en aquel entonces. Ningún creyente más tiene que esperar las bendiciones que el Espíritu trae a su vida en el momento de la salvación.

La Consecuencia #1: La venida y morada del Espíritu en el nuevo Pueblo de Dios

En Juan 14:7, Jesús prometió que el Espíritu iba a morar EN nosotros. Este cambio iba a ser tan provechoso para nosotros que Jesús dijo “os conviene que yo me vaya” (Jn. 16:7), es decir, “habrá más ventaja en que me vaya en Persona, para que venga el Espíritu.” El establecería una relación íntima con cada creyente, que sería imposible para Jesús en Su cuerpo humano.

En 1 Corintios 6:19, nuestros cuerpos son llamados “el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios. . .”. Desde el día de Pentecostés, el Espíritu de Dios mora en los cuerpos de los creyentes y no en templos hechos por los hombres. En 1 Reyes 7 vemos que la presencia de Dios moraba en el Templo en Jerusalén.

Había dos condiciones para cumplir la promesa a los discípulos: (1) Jesús tenía que ascender al cielo (Jn. 16:7) y (2) los discípulos tenían que quedarse en Jerusalén—ni Betania, ni Belén servían (Lc. 24:49).

De la evidencia escrita sobre el día de Pentecostés, sabemos que el Espíritu vino y ahora mora en los cuerpos de los creyentes. En Hechos 2:38-39, “Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la *promesa* . . .”. La “promesa” mencionada en versículo 39 se refiere a dos cosas del versículo 38: (1) la remisión de pecados y (2) el don del Espíritu. Para los primeros convertidos en el día de Pentecostés, la recepción del Espíritu fue una parte integral de la salvación, que con la remisión de pecados, era una parte mayor de la “promesa”. Así, la morada del Espíritu iba a marcar la diferencia entre el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, los judíos y el Pueblo de Dios del Nuevo Testamento, la Iglesia, formada por todos los creyentes.

Consecuencia #2: Pentecostés representa un evento nunca repetido y que no puede ser repetido

Ciertos eventos como la creación, la encarnación, la muerte y resurrección de Cristo y el derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés son eventos que nunca pueden ser repetidos. Dios solamente dio el Espíritu una sola vez y el Espíritu nunca ha dejado la Iglesia desde aquel entonces. Jesús prometió, “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Jn. 14:18) y vino en la Persona del Espíritu. El Espíritu todavía está y puesto que en el día de Pentecostés el Espíritu fue dado para quedarse, ¿cómo puede repetirse algo que aún ocurre?

En un sentido, el día de Pentecostés puede ser comparado con el día de la inauguración del período de un nuevo presidente. Hay un tiempo de fiesta, ceremonias y gran celebración, pero nadie espera que los eventos de aquel día deban caracterizar toda la duración de su oficio.

De igual manera, el día de Pentecostés inauguró la venida del Espíritu con un “estruendo como de un viento recio que soplabá,” la aparición de “lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno” de los discípulos y lenguas milagrosas; pero no es necesario que estos aspectos especiales continúen para siempre. Como las

inauguraciones no se repiten, tampoco ha sido repetido el día de Pentecostés. Rogar a Dios por la re-inauguración de este período singular en el que el Espíritu mora en los creyentes, no tiene sentido, porque nada ha cambiado. El Consolador todavía está en Su oficio, todos los que creen en Cristo son bautizados con el Espíritu, al creer como los 3.000 que creyeron en aquel día.

Consecuencia #3: Pentecostés marcó el comienzo de la obra del Espíritu en esta época

Hubo varios cambios que comenzaron en aquel día y que iban a marcar para siempre la diferencia de la Iglesia. Los más importantes son: Regeneración, el Bautismo del Espíritu, la Morada del Espíritu, el Sello del Espíritu y la Llenura del Espíritu.

La obra especial del Espíritu, que descubrimos en el Nuevo Testamento, no podía comenzar hasta después de la Ascensión, según Juan 16:7. Esto indicó que la obra del Espíritu después de Pentecostés iba a ser distinta a la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento. Tres de las cinco obras del Espíritu no tienen antecedentes de ninguna naturaleza en el Antiguo Testamento: el Bautismo, la Morada y el Sello. Las otras dos, regeneración y llenura pueden ser insinuadas en ciertos textos, pero nunca en el sentido que tienen en el Nuevo Testamento.

Regeneración:

Las Escrituras dicen que estábamos muertos en nuestros delitos y pecados y luego, “aun estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef. 2:1, 5). Lo que estaba muerto en nosotros recibió vida. Esto es regeneración. Juan 5:24 dice, “El que oye mi palabra y cree al que me envió. . . ha pasado de muerte a vida”. En el momento que uno recibe a Cristo, la obra de regeneración ocurre por medio del Espíritu Santo.

Bautismo:

La segunda obra del Espíritu Santo es la unión del creyente con Cristo por el bautismo con el Espíritu Santo. En 1 Corintios 12:13 leemos, “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo . . . y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. El día de Pentecostés fue la primera vez en la historia que tal bautismo ocurrió.

La función del cuerpo del creyente después de aquel momento en su vida es ser el “templo de Dios” (1 Co. 6:19). Por medio del bautismo del Espíritu recibimos el Espíritu en nuestros cuerpos. Es decir, que la entrada del Espíritu es el bautismo.

Morada:

Una vez que entró en el cuerpo del creyente, el Espíritu hace de él residencia o morada permanente. Jesús dijo del Espíritu, “. . . mora con vosotros y *estará en vosotros*. No os dejaré huérfanos. . .”. (Jn. 14:17,18). Sus promesas son todas en tiempo futuro. Así que, El nunca abandonará a las personas en quienes El mora.

Esta morada es la experiencia de cada creyente, sin excepción. En Romanos 8:9 Pablo dijo, “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Así que es absolutamente imposible que haya una persona salva que no tenga la morada del Espíritu, que es el resultado del bautismo del Espíritu, el cual ocurre inmediatamente después de la regeneración del Espíritu. La morada es cuando el Espíritu hace del creyente Su lugar de residencia.

Sello:

Tal como un pacto cumplido, irrevocable y garantizado es finalizado con un sello, así es cumplido el “pacto” de nuestra salvación. Sabemos que Su morada o residencia es permanente y que la nueva vida de la regeneración es eterna, porque tenemos la promesa del sello del Espíritu. Este gran hecho ocurrió también en el momento de nuestra

salvación de acuerdo con Efesios 1:13, “. . . habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación y *habiendo creído* en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Este fue el comienzo de Su sello: cuando creyeron. La duración del sello es mencionado en Efesios 4:30, “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados *para el día de la redención*”.

El propósito del sello del Espíritu, entonces, es la protección y seguridad de que todos los que creen en Cristo serán salvos hasta el día de la redención. Pertenece a El para siempre por el sello. La morada permanente del Espíritu asegura el sello del Espíritu.

Llenura:

Cuando el Espíritu hace residencia en una vida, El quiere manifestarse a través de Su llenura, Su fruto o carácter. La llenura debe ser la experiencia normal del creyente. Las maneras en que la llenura del Espíritu se manifiesta son: el fruto del Espíritu, el poder para testificar, la victoria sobre la carne, la evidencia de un don y efectividad en la oración.

Estos son las cinco obras principales del Espíritu en la vida de todo creyente desde el día de Pentecostés.

Consecuencia #4: Pentecostés fue la primera ocasión en que ocurrió el bautismo del Espíritu y como consecuencia se formó la Iglesia.

El bautismo del Espíritu pone al creyente en el *cuerpo* de Cristo (1 Co. 12:13). En Efesios 1:22-23, el “cuerpo” es llamado “la Iglesia”. Si fuimos puestos en Su cuerpo por el bautismo del Espíritu, entonces no había un “cuerpo” antes del comienzo de la operación del bautismo. Si la “iglesia” es Su “cuerpo,” como hemos visto, entonces ésta tuvo que comenzar simultáneamente con el bautismo, es decir, en el día de Pentecostés.

Puede decirse que la “iglesia,” como una asamblea o tal vez como una organización primitiva, existía antes de Pentecostés con los discípulos, pero la esencia verdadera de la Iglesia no es solamente una organización, sino un *organismo*. Tal “organismo” solamente es posible a través de una unión corporal con Cristo, la cual a su vez es únicamente posible por medio del bautismo del Espíritu.

Como el nacimiento de Cristo fue la encarnación del Hijo de Dios en carne humana (Jn. 1:14), así Pentecostés fue la incorporación del Espíritu en cada creyente. Tal “incorporación” del Espíritu en nuestros cuerpos por medio del bautismo del Espíritu formó la Iglesia, Su cuerpo. Es como una segunda encarnación donde Dios sigue manifestando Su “gracia y verdad” a través de la iglesia.

Se llama el “cuerpo” de Cristo por la naturaleza de esta unión. En Efesios 5:29b-30, la unión con Cristo se describe con términos relativos al cuerpo: “como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”. La relación resultante de la Iglesia es que todos son “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4). Esta es la consecuencia del día de Pentecostés.

Consecuencia #5: La profecía de Joel será universal, en contraste con Pentecostés que fue local

Si pensamos que el día de Pentecostés fue una experiencia maravillosa, cuánto más será el cumplimiento de la profecía de Joel que habla de un derramamiento del Espíritu “sobre toda carne” (Jl. 2:28). Cuando las tres señales del día de Pentecostés ocurrieron (estruendo, lenguas como de fuego, lenguas desconocidas), marcando la venida del

Espíritu, la multitud de los judíos se congregó, acusando a los discípulos de estar ebrios. En defensa de los eventos que acontecieron, Pedro citó la profecía de Joel como una razón para no pensar que ésto era extraño.

Pedro no estaba declarando que los eventos de Pentecostés cumplían la profecía de Joel, sino que eran la misma cosa —pero en una escala reducida— que lo que Joel había profetizado. Hay dos razones que hacen evidente que Pedro no quiso decir que el día de Pentecostés cumplió la profecía.

(a) Mucha de la profecía todavía es futura

El tiempo del cumplimiento de la profecía está mencionado en el texto mismo. En Joel 2:28, el profeta dijo, “Y *después de esto* derramaré mi Espíritu sobre toda carne”. Uno debe preguntarse: ¿Después de qué? “Esto” se refiere al cumplimiento de varias profecías mencionadas antes en versículos 12-27. Lo que tiene que suceder ANTES del cumplimiento del capítulo 2 de Joel son las siguientes profecías: (1) Arrepentimiento de la nación de Israel (v. 15-18); (2) La provisión milagrosa de pan, mosto y aceite, hasta que estén saciados (v. 19); (3) El enemigo del norte (¿Rusia? ¿Siria?) será destruido; (4) El temor de la amenaza del exterior será quitado para siempre (v. 21-22); (5) La vegetación de Israel producirá una abundancia de fruto como nunca antes (v. 22, 24); (6) Las áreas secas en Israel serán convertidas en áreas fructíferas por la abundancia de lluvia que caerá (v. 23); Después de años de estar bajo ejércitos extranjeros que destruirán la tierra, Dios les va a restaurar en forma asombrosa, de manera que nunca más serán avergonzados (vv. 24-25, 27); (7) Dios mismo estará permanentemente “en medio de Israel” de modo que todos lo conocerán (v. 27). Además de estas siete profecías que tienen que cumplirse ANTES del derramamiento del Espíritu al que Joel hizo referencia, también habrá “prodigios en el cielo y la tierra” (2:30). Por ejemplo, habrá columnas de humo, el sol será oscurecido y la luna será enrojecida (2:30-31). Inmediatamente *DESPUES* del cumplimiento de estas profecías, Dios derramará Su Espíritu sobre “toda carne” (2:28). Tal día estará marcado por profecías, sueños y visiones (v 28) como la norma para todos los que en ese entonces reciban el Espíritu. Los “siervos” y “siervas” de 2:29 se refieren a la nación de Israel. “Los siervos de Jehová” es un término común en Isaías que se refiere a Israel como nación. No está hablando de ciertos individuos dentro de la nación, sino de la nación entera.

Si se toma literalmente las profecías de Joel, fácilmente se observa que ninguna de las profecías que deberían haber ocurrido antes del derramamiento del Espíritu sobre toda carne, ocurrieron; ni ha ocurrido lo que debería haber ocurrido después. El único momento en que tales profecías se cumplirán, será al final de la Gran Tribulación y al comienzo del milenio.

Entonces, ¿por qué Pedro hizo referencia a esta profecía de Joel en su respuesta en Hechos 2?

(2) Pentecostés es solamente una ilustración del día de Joel

En Hechos 2:16 Pedro dijo, “Mas *esto es lo dicho* por el profeta Joel”. La frase, “esto es” podría significar dos cosas: (1) Es la misma cosa, el cumplimiento literal; o (2) es la misma cosa, en el sentido de ser la misma experiencia en esencia en cuanto a su

clase, pero obviamente no el cumplimiento total, ni parcial, de la profecía, que incluye mucho más de lo que aconteció. En la forma en que Pedro usó la frase, citando todo el contexto que incluye las profecías que no fueron realizadas, se entiende que Pedro sabía que el día de Pentecostés no fue el cumplimiento de Joel 2. El sol no cambió, ni la luna. Ninguna de las profecías que tenían que preceder al derramamiento habían acontecido, entonces Pedro estaba diciendo que era la misma cosa, pero distinta. Pedro estaba usando la profecía de Joel como una *ilustración*, para demostrar que Dios iba a establecer algo nuevo con Israel y luego los gentiles; y Pentecostés fue el comienzo. Joel estaba hablando de una transformación mundial y especialmente de toda la nación de Israel; Pedro estaba hablando de una transformación individual. La escala es diferente, pero los resultados son parecidos. Evidentemente 3.000 aceptaron su explicación, luego fueron salvos aceptando al Mesías y recibieron el Espíritu Santo.